

RESEÑAS DE LIBROS

CHALMERS A. JOHNSON, *Peasant Nationalism and Communist Power: The Emergence of Revolutionary China 1937-1945*. Stanford University Press, Stanford, California, 3a. ed., 1967. xii + 256 pp.

I

Es un hecho que el éxito obtenido por los comunistas chinos durante el período de la guerra sino-japonesa marca un profundo contraste con la experiencia comunista de la década anterior a esa guerra. En verdad, el esfuerzo realizado para la organización de los "soviets" tuvo muchísimo menos éxito que las actividades desarrolladas durante la guerra. No obstante, al igual que en la guerra sino-japonesa, el Partido Comunista Chino usó, desde 1927 hasta los comienzos de la Gran Marcha (1934), el mismo instrumental económico, ideológico, y militar disponible para asegurar un orden político durable en los territorios bajo su control (p. 1).

A partir de esa observación histórica, el profesor Chalmers Johnson trata de construir su hipótesis de trabajo con el objeto de determinar y definir los elementos esenciales explicativos de esa diferencia real de resultados. En esta obra, Chalmers Johnson no se preocupa por el análisis de la política del comunismo en el poder y en cambio se interesa por los *orígenes* del poder comunista. En pocas palabras, su tesis considera que el origen de ese poder se fundamenta simplemente en una coalición de intereses entre el Partido y las masas en la lucha contra los japoneses. Debido a esa coalición las masas son llevadas a reconocer y otorgar legitimidad a la autoridad del Partido (p. 12).

En el período de Kiangsi, los comunistas insistieron en una política estática basada en planteamientos de tipo económico en contra de los terratenientes. En el período de la resistencia anti-japonesa, esa política pasó a ser más fluida y más dinámica.

En términos de receptividad, las masas, a pesar de las condiciones adversas en el terreno económico, no encontraron un suficiente "leitmotiv" como para apoyar a la línea radical agrarista preconizada por el partido en el período de Kiangsi. Al contrario, frente a la opresión japonesa, se crearon condiciones para que el partido rectificara su línea en función de un nuevo llamado político basado en la defensa del territorio chino invadido. En consecuencia, el ciudadano chino pasó a indentificar su peligro

como un peligro para China. Ese hecho no les permitió a los comunistas repetir su fracaso en la unificación de las masas como sucedió en los soviets de Kiangsi. Evadieron los viejos slogans de lucha de clases y redistribución violenta de la propiedad y se concentraron en el llamado a la salvación nacional (p. 4).

A su vez, la guerra, al minar totalmente y destruir el orden social tradicional del medio rural, allanó el camino que hizo posible a los campesinos adherirse a nuevos patrones de organización del sistema social. Chalmers Johnson considera que el comunismo y el nacionalismo se fusionaron en China como resultado de la identificación del CCP con el movimiento de resistencia, a pesar de que el PC no haya sido el responsable directo de la puesta en marcha de esta resistencia (p. 8).

Como resultado de esta fusión se creó la *nación-estado* comunista, no subordinada a la URSS, dado que el alineamiento tradicional a Moscú pesó menos que la unidad nacional creada entre las masas campesinas y el partido durante la guerra.

Con respecto a una posible defraudación comunista, de aprovecharse de la alianza campesina para usurpar el poder, Chalmers Johnson indica que la ideología comunista recibió legitimización en la demostración de habilidad para dirigir y gobernar durante el período de la resistencia. Posteriormente, los campesinos no tenían por qué poner en tela de juicio la naturaleza de ese gobierno una vez que el Partido Comunista ya había alcanzado poder y autoridad (p. 9).

En lo que se refiere a la afirmación de que en China el PC usó instrumentos totalitarios para la manipulación de las masas, obligándolas a pactar con una élite comunista, el autor considera que el PC Chino, como buen modelo de organización leninista, mostró su virtuosismo en la movilización de las masas campesinas con miras a asegurar un total compromiso en el esfuerzo de guerra. Esa alianza comunista-campesina fue más bien el resultado de la guerra y del despertar nacional suscitado por ella que fruto de una manipulación. El autor hace notar el peligro muy común entre los especialistas en China Comunista, de arrear a la categoría de organización (estructura de partido, comunas populares, culto a Mao Tse-tung, lavado de cerebro, etc) una anotación de "arma secreta sociológica" y, en consecuencia, de aceptar la hipótesis de "manipulación" como satisfactoria para la comprensión de la ética de trabajo del comunismo chino (p. 12).

No obstante, aún entre aquellos que reconocen el papel decisivo de esa alianza de los campesinos en la victoria comunista, y algunos que confunden la naturaleza de tal alianza. Esto es, quizás, el resultado de una visión parcial que entiende al mar-

xismo tan sólo como una doctrina económica, y considera que las revoluciones campesinas deben ser apreciadas como el análogo marxista de revolución proletaria (p. 15). De esta concepción pueden emanar dos vías equivocadas. Por una parte, aquellos que, como Mary Wright ("The Chinese Peasant and Communism", *Pacific Affairs*, XXIV, 1951), atribuyen el carácter de elemento primario de la alianza a la tipificación de los comunistas como "reformadores agrarios", y por otra, la afirmación igualmente equivocada de Franz Michael ("The Fall of China", *World Politics*, VIII, 1956) al considerar la revolución comunista como resultado de una conspiración elitista que busca capitalizar cualquier crisis o fisura en la sociedad para su propósito. En realidad, la naturaleza de esa alianza se debió a la capacidad comunista de conseguir, a través de una política de "línea de masas", el apoyo campesino en gran escala.

El marco conceptual del libro de Chalmers Johnson se apoya en la concepción del nacionalismo moderno (correspondiente a la tercera etapa de la periodización establecida por Edward H. Carr en *Nationalism and After*, Londres, 1945), caracterizado por el ingreso de nuevos estratos sociales en el seno de la nación. China, dentro de esta clasificación, es considerada como un caso de nacionalismo campesino dentro del nacionalismo de masas.

En la elección de una definición más operacional, el autor descarta la teoría de Hayes (*Nationalism: A Religion*, Nueva York, 1960) por su carácter estático y acepta la posición de Deutsch (*Nationalism and Social Communication*, Nueva York, 1953) quien, al considerar el nacionalismo como un proceso de *devenir*, busca identificar las fuerzas que dentro de la sociedad llevan a las poblaciones a formar su *nación-estado* y, a la vez, intenta localizar aquellos factores bajo los cuales, grupos humanos asumen características de ciudadanos nacionales. Considera pues a la comunicación (esa relación mutua de identidad de intereses, de compartir responsabilidades), como la raíz del nacionalismo moderno. Su mejor expresión es la movilización social que dirige el proceso por el cual los pueblos pre-nacionales ingresan a la comunidad política. A través de esa movilización, el viejo orden social, económico y psicológico sufre una erosión y se derrumba con la apertura hacia nuevos modelos de socialización y comportamiento (K. W. Deutsch, "Social Mobilization and Political Development", *American Political Science Review*, LV, 1961). El autor admite aún otros elementos que concurren a su definición: la adquisición de conciencia política, las circunstancias de una invasión extranjera, y la misma organización interna de una resistencia (p. 23).

Al caracterizar al nacionalismo de los años veinte, lo considera como un movimiento que tuvo cabeza pero que careció de cuerpo. El movimiento iniciado por Sun Yat-sen y desarrollado entre estudiantes y profesores de Pekín (El movimiento del 4 de Mayo) estuvo confinado a una *intelligentzia* socialmente movilizada pero reducida a pequeños sectores de clase media confinados a los puertos de tratado.

Finalmente, el autor considera que la ideología, a la par de la movilización, constituye otro factor importante para la comprensión del nacionalismo. En el proceso de movilización nacional, las masas reciben de sus líderes una doctrina que les provee de un armazón ideológico, dentro del cual pueden entender y expresar su comportamiento como nación. Esa doctrina, constituida en "mito nacional", se funda en sistemas filosóficos o religiosos, de carácter universal con el objeto de avalar la justicia o lo inevitable de la actividad nacionalista. El mito nacional por una parte, exalta a los líderes del proceso de movilización y, por otra, les presta la base ideológica de legitimidad que es necesaria para la élite (p. 27).

Por consiguiente, en el marco de esa definición que considera al nacionalismo de masas como la combinación de movilización social y del mito nacional (p. 30), el autor pasa al análisis histórico del periodo 1937-1945. Presenta un estudio del papel de los japoneses como el polo antitético cuyos factores de opresión militar, política y económica agudizan y aceleran la movilización campesina. En el capítulo III se ocupa de la organización militar comunista que, a través del ejército, de las bases guerrilleras y de las milicias, se encarga de estructurar y hacer dinámicos todos los sectores de la vida económica, política y social de las áreas controladas (pp. 71-91). El capítulo IV trata del desarrollo y control total de los comunistas en el Norte de China, sin la participación del Kuomintang (pp. 92-122). En el capítulo V, se estudia el desarrollo y consolidación del Cuarto Ejército en Jiangsu, bajo condiciones doblemente adversas: el enfrentamiento con las fuerzas japonesas por una parte y con el Kuomintang por otra, hasta la ruptura de la alianza, provocada por el incidente de 1941. El capítulo VI explora de manera más metódica las referencias comparativas que hace el autor en el transcurso del libro acerca del proceso similar que tuvo lugar en el movimiento de liberación de Yugoslavia. En el último capítulo, a propósito de las experiencias de China y Yugoslavia, se incurra en el campo de las divergencias de ambos países con la Unión Soviética, como corolario directo del enfrentamiento de políticas nacionales dentro del comunismo internacional.

No cabe lugar a dudas que el trabajo del Profesor Chalmers Johnson puede figurar como lectura obligatoria para todos aquellos que se han adentrado en el campo del estudio interdisciplinario y se preocupan por ofrecer una explicación más coherente para los problemas relacionados con el proceso de modernización de los pueblos en vías de desarrollo y en camino de formar el estado-nación.

II

Al tratar de aplicar la teoría de la ciencia social a la realidad de China Comunista, se tiene como fin generar hipótesis acerca de la naturaleza de su sistema social. Estas hipótesis, una vez confrontadas con evidencias consideradas válidas, podrán mejorar el conocimiento de esa sociedad en función de un cuerpo de variables universales supeditadas a los sistemas sociales. A su vez, los conocimientos adquiridos en el estudio de otros sistemas, abrirán perspectivas más amplias para el análisis específico de China Comunista. En ese marco de ideas, Chalmers Johnson comienza su trabajo, "Chínese Communist Leadership and Mass Response", que integra uno de los capítulos del libro *China in Crisis* (Univ. of Chicago Press, 1968).

Con esa preocupación el autor ha intentado generar la hipótesis del nacionalismo de masas, con el objeto de explicar el éxito comunista en el cambio revolucionario del sistema social chino. Dado que esa hipótesis maneja una definición operacional de nacionalismo, fundado en la movilización social y en la ideología (mito nacional), el autor se da por satisfecho al comprobar, ante la evidencia de los hechos, la existencia de aquellos dos elementos en el proceso de la revolución China. Esto está explicado en forma bastante satisfactoria en el estudio en cuestión. No obstante, no nos convence porque nos parece muy forzada la tesis del nacionalismo de masas como explicación plausible del éxito revolucionario de China Comunista.

En realidad, la diferencia entre el período de los *soviets* de Kiangsi y el de la guerra sino-japonesa, en cuanto a los resultados, estriba en razones que implican un conocimiento bastante preciso de la naturaleza epistemológica de la teoría revolucionaria marxista-leninista y del nacionalismo, por una parte, y por otra, de los elementos esenciales del sistema social chino.

La diferencia entre los dos periodos mencionados radica más bien en el desarrollo de la ideología revolucionaria del comunismo chino que en la tipificación del nacionalismo de masas. Es decir, el comunismo chino, en ese primer período (desde su fundación hasta la inauguración de Yenan), al actuar exclusivamente

bajo el imperativo de una ideología de carácter universal (el marxismo-leninismo) no consiguió acoplarse a la realidad social china, por carecer en esta etapa de una ideología práctica. Esa ideología total (*weltanschauung*) todavía se encontraba en proceso de gestación. En la fuente del marxismo-leninismo los chinos tenían el armazón de ideas destinadas a darles una conciencia unificada de la visión del mundo. Pero, tan sólo con el desarrollo progresivo de la experiencia de Mao Tse-tung, que alcanzó su cumbre en Yenan, los comunistas chinos consiguieron disponer de un instrumental ideológico destinado a proporcionarles una guía racional para la acción. Por consiguiente, los comunistas chinos no admitieron la posición estratégicamente correcta de acuerdo con una "línea de masas", por fuerza de las circunstancias derivadas de la invasión japonesa, y sí como el resultado de la maduración de una "ideología práctica" encarnada en el pensamiento de Mao Tse-tung. En el primer período, el comunismo chino se sintetizaba en el marxismo-leninismo y, a partir de Yenan, pasó a ser una ideología total, es decir, "el marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Tse-tung".

La realidad china, vista desde su estructura social, a pesar de sufrir una erosión continua, aún tenía fuerza para garantizar el sistema tradicional de poder. De hecho, aún prevalecían en China los valores y normas del *ethos* confuciano; la aristocracia rural todavía se valía de su riqueza, de su prestigio y de su poder; y el sistema familiar se fundaba en el *pater familias*.

Por consiguiente, tanto la ideología pura del marxismo-leninismo como la del nacionalismo de Sun Yat-sen, tenían muy pocas posibilidades de éxito frente a la vigencia de aquel sistema. Los movimientos nacionalistas, por el hecho de limitarse al nivel de una ideología pura, carecen de posibilidades para poder generar una organización efectiva que sea el fruto de la ideología práctica. Es decir, como ideología pura, los movimientos nacionalistas dan a sus miembros un sentido de *identidad* en el mundo pero, al carecer de los instrumentos racionales de la acción, se encauzan hacia el eclecticismo y se tornan anticuados en sus métodos de organización. Como ideología pura, pueden desempeñar el papel de motor en las revoluciones sociales pero, al faltarles una ideología práctica, difícilmente podrán proporcionar los elementos funcionales sustitutivos en la nueva estructura organizacional del sistema que se implante. Por lo general, intentan consolidar un nuevo *ethos* (sistema de valores y de normas) arrastrando a los mismos actores del viejo orden. El nacionalismo del Kuomintang, incapacitado para crear los elementos funcionales para el nuevo sistema sustitutivo, tuvo que recurrir a los

terratenientes y a los señores de la guerra. Dado que no se lograba la legitimización del poder, el Kuomintang intentaba con frecuencia el uso de la fuerza militar.

Si el nacionalismo, por condición intrínseca, estuvo condenado al fracaso, la ideología comunista tenía posibilidades de éxito en la medida en que recababa los elementos de su ideología práctica.

Ahora bien, al iniciarse el segundo período del comunismo chino en Yenán, el Partido ya estaba dotado del instrumental necesario para acelerar el proceso de cambio revolucionario. Los comunistas de Yenán tenían, con el pensamiento de Mao Tse-tung, el diseño de una ideología práctica, capaz de accionar los instrumentos funcionales sustitutivos que se encargarían de llenar el vacío dejado por la destrucción del sistema tradicional. De hecho, disponían de una ideología total con sus sistemas de valores (ideología pura) y de normas (ideología práctica) dispuestos a sustituir el *ethos* tradicional del confucianismo y el precario nacionalismo elitista. Tenían además el liderazgo listo para sustituir las funciones de la aristocracia tradicional y, finalmente, en los cuadros del partido se tipificaba el sustitutivo del *pater familias*.

Esto implica decir que el Partido Comunista Chino no necesitaba ir a remolque del desarrollo de las condiciones objetivas que se daban en el seno del sistema y tuviera que esperar el climax de las contradicciones para poder asumir el poder por la fuerza, una dinámica extrínseca y ajena a su acción.

Conscientes de esto, los comunistas chinos pasaron a actuar como gestores del cambio que se efectuaba a través de una movilización social que resultaba en una dirección revolucionaria.

En relación con las ideologías puras, la movilización social se comporta como un elemento indiferente. Es decir, ni determina ni es determinada. Esto implica decir que la movilización social no puede ser considerada como factor esencial del nacionalismo, como lo afirma Chalmers Johnson.

En relación con las ideologías prácticas, la movilización social actúa como elemento estimulante y como elemento estimulado. Se presenta frente al individuo u organización como un hecho en proceso (el estímulo) provocando una respuesta que, a través de los instrumentos racionales de acción, orienta y dirige el cauce de la propia movilización (estimulado).

Mientras el Partido careció de una ideología práctica que pudiera prever el proceso de movilización social que ya estaba preparando el derrumbe de las viejas estructuras, poco o nada pudo hacer en relación a una orientación y dirección de los nuevos

modelos de socialización y de comportamiento que se presentaban a la opción de las masas.

Conviene aquí hacer una observación importante. Se ha considerado a la ideología pura del marxismo-leninismo como condicionadora de una ideología práctica que se consubstancia en el pensamiento de Mao Tse-tung. Además, nos hemos referido al nacionalismo elitista del Kuomintang como una ideología también pura pero carente de instrumentos racionales para la acción. Estaríamos tentados de concluir en forma arriesgada que tan sólo los pueblos orientados por una ideología práctica podrán llegar a traspasar la barrera que los separa de su modernización y de su construcción nacional. ¿Cómo se podría explicar, por ejemplo, que frente a una invasión extranjera surja el nacionalismo en el seno de las masas, aún entre aquellos individuos o grupos que no han alcanzado una conciencia política, como fue el caso de las mayorías campesinas de China durante la invasión japonesa o, en menor escala, con la rebelión Boxer?

Esto significa que se debe aceptar un nacionalismo que existe y, sin embargo, no es resultante de la acción de grupos dotados de elementos racionales, ni tampoco corresponde a una conciencia de identidad en el mundo. Ni se podría llamar a ese nacionalismo nacionalismo de ideología aun si le atribuimos una definición más amplia como una "manera de pensar característica de una clase o grupo". No obstante, Karl Manheim en *Ideology and Utopia* considera que las "ideologías son un armazón de ideas que tienen su unidad no en las ideas mismas sino en el inconsciente individual o colectivo". Es decir, una clase o individuo puede expresar un conjunto de ideas que fenomenológicamente difieren, pero que tienen un fondo común.

Bajo esa connotación se podrá explicar la existencia y naturaleza de una ideología nacionalista entre las masas que no tienen conciencia política o aún se encuentran en su etapa pre-nacional.

Chalmers Johnson funda su tesis precisamente en el hecho de que las masas con este nacionalismo se movilizaron socialmente y emprendieron la resistencia armada en la guerra sino-japonesa. No se puede entender cómo una ideología nacionalista que se funde en el inconsciente del individuo o de las masas, pueda producir una organización de resistencia que implica necesariamente la creación consciente de un cuerpo de ideas que tienen por meta una acción bien dirigida.

Con esto queda claro que, en realidad, esta ideología nacionalista carecía de los requisitos mínimos esenciales como para poder ejercer un estímulo sobre la ideología total del comunismo chino en ocasión de la guerra sino-japonesa.

En el período anterior a la invasión japonesa, el proceso de agudización de las contradicciones internas se desarrollaba en la dualidad campo-ciudad, con una sensible diferencia de *tempo*. La revolución política de 1911 había ofrecido al sector burgués nacional una posibilidad, aunque reducida, de participar en el mecanismo del poder de tal manera que el desarrollo industrial pudiera ser contemplado por una política económica de infraestructura complementaria. Sin embargo, las contradicciones de clase entre el sector obrero y el industrial no se revelaban y no podían presentarse altamente agudizadas. En términos revolucionarios, las condiciones objetivas del sector urbano-industrial se encontraban en una etapa de semi-elaboración.

No obstante, esa revolución había llegado a un estado de compromiso con el orden tradicional hasta el punto de asimilarse al *statu quo* prevaleciente en el medio rural. Las estructuras de tenencia de la tierra y las relaciones de producción siguieron inalterables, y se ofreció a la aristocracia rural y a los “señores de la guerra” un subsidio político a través de una alianza que les permitiera preservar su margen de riqueza, de prestigio y de poder, a cambio de las concesiones que éstos harían al sector burgués moderno con su esfera de influencia reducida a los puertos de tratado.

Por consiguiente, al ser incapaz de cumplir con su cometido —alterar las estructuras tradicionales y sustituirlas por un orden burgués—, la revolución de 1911 fracasó en sus metas políticas y produjo un débil *estado-nacional*.

Por cierto, esa frustración en el cometido político del Kuo-mintang aunada a la dinámica natural de desarrollo del sistema (incremento demográfico, urbanización, productividad económica con bajo rendimiento, etc.) acortaban el plazo de su existencia, a menos que se diera una revolución económica acompañada de un reajuste político.

Vista desde esa perspectiva interna, aún sin la invasión japonesa, China marchaba hacia una revolución social violenta. La presencia de ese factor externo vino a encender la chispa del proceso pero no a condicionar el éxito.

Al producirse la invasión, la precaria entidad nacional del pueblo chino fue retada por parte de los protagonistas sociales existentes a ponerse a prueba. Por un lado, una masa despolitizada, amarrada aún al sistema tradicional de valores y de normas del confucianismo, y con una ideología nacionalista desprovista de un aparato válido y eficaz para poder operar una revolución social y, por otro, un Partido Comunista, dotado de un *weltanschauung* ideológico, plenamente habilitado para asumir la dirección del

cambio social por la vía revolucionaria, es decir, con la disposición de destruir el sistema y de asumir el nuevo poder.

Ya en el terreno de la lucha, conscientes del potencial revolucionario de las masas y de la incapacidad intrínseca del nacionalismo elitista del Kuomintang, los comunistas iniciaron su Segunda Gran Marcha desde Yenán, con la guerra de resistencia. Asumieron el liderazgo del proceso (Mao Tse-tung desde Yenán); orientaron la movilización social (los cuadros del partido en la dirección política, económica y cultural de las provincias controladas y en los frentes militares); y, finalmente, elaboraron un nuevo capítulo de la estrategia de "línea de masas" a través de la guerra Popular Revolucionaria (el 8º Ejército del Norte con Lin Piao, Chu-te y otros, el 4º ejército con Ch'en-Yi y Liu Shao-ch'i, las 16 bases guerrilleras y las milicias actuando al nivel de los grupos de resistencia organizados según la ocupación de sus miembros).

JOSÉ THIAGO CINTRA
El Colegio de México

ROLF REICHERT, *Atlas histórico regional do mundo árabe; mapas e resumo cronológico (A Historical and Regional Atlas of the Arabic World; Maps and Chronological Survey)*. Universidade Federal do Bahía; Centro de Estudos Afro-Orientais, Salvador, Rio de Janeiro, 1969.

El autor de este libro, el profesor Rolf Reichert, es un experto en la historia del Islam y uno de los investigadores más infatigables que trabajan en el terreno de la cultura árabe-islámica en el continente latinoamericano. Hace unos años tuve el placer de escuchar algunas conferencias que pronunció en Madrid sobre la influencia del Islam y de las minorías musulmanas en el Brasil, tema que, por ser muy poco cultivado, suscitó un gran interés en los medios del arabismo español.

El profesor Reichert nos ofrece ahora este último libro que pretende ser una colección de "mapas y resumen cronológico". Examinando la obra, escrita en portugués e inglés, nos damos cuenta de que estamos ante una de las mejores publicaciones en los últimos años sobre la materia. Como indica su título, el contenido de este "Atlas histórico" está dividido en cuatro partes de acuerdo con las regiones principales que forman el mundo árabe: 1) la Península Arábiga; 2) la Gran Siria y Mesopotamia; 3) África Nororiental; 4) el Maghreb (Marruecos, Argelia, Túnez y Tripo-